

Marzo 2010

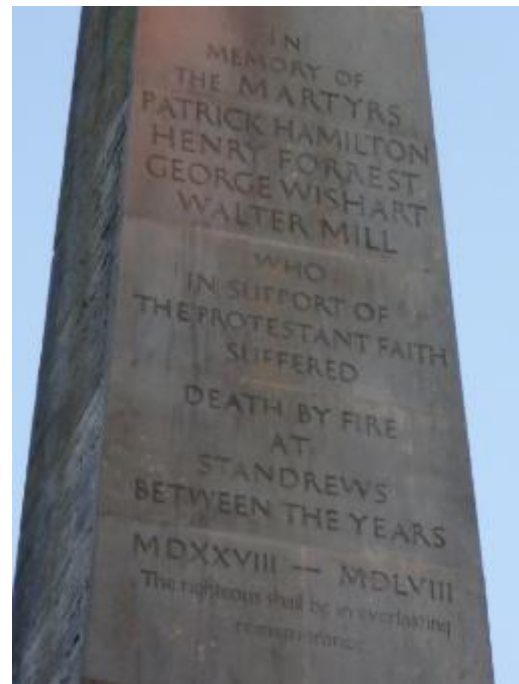
Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Estoy escribiendo desde la Universidad de St. Andrews en Escocia, donde por más de tres días hemos estado grabando 13 entrevistas para nuestra serie de entrevistas *Tú estás incluido*, tres de ellas con el profesor Alan Torrance, hijo del renombrado profesor, autor y mentor, James B. Torrance.

La ciudad de San Andrews es probablemente más conocida como la cuna del golf. El juego tuvo su origen aquí, en el siglo XV y el club de golf St. Andrews Royal y Ancient sigue siendo el órgano que hace las reglas del golf hasta este día.

Sin embargo, St. Andrews, con su famosa universidad, también fue uno de los ejes de la reforma protestante, y por lo tanto un testigo de la lucha a menudo sangrienta entre las facciones principales del cristianismo.

John Knox predicaba aquí, a menudo arengando a la joven María, Reina de Escocia, por no rechazar la fidelidad al Papa en favor de la nueva reforma de la cristiandad como fue expuesta por Juan Calvino. La lucha entre católicos y protestantes fue intensa, ya que uno y luego el otro ganaban ventaja temporal y los perdedores suelen pagar con sus vidas. El memorial de los Mártires que domina el famoso campo de golf es un sombrío recordatorio de que los cristianos a menudo no reflejan la vida de su salvador la apasionada defensa de sus creencias.



Hoy en día, con el beneficio de la retrospectiva, es fácil para nosotros condenar el derramamiento de sangre y la crueldad generados por las ideas en conflicto en torno a la Reforma. A lo largo de Europa se desarrollaron guerras religiosas en el nombre de Cristo por más de cien años, con atrocidad sobre atrocidad.

No es extraño que algunos se desaniman por la sola idea del cristianismo. ¿Cómo se puede declarar caminar en el amor cristiano y sin embargo matar a otros creyentes sólo porque tienen un punto de vista doctrinal diferente?

Lo que sí sabemos es que Dios es más misericordioso de lo que cualquiera de nosotros podría ser. La Biblia nos dice que su trono del juicio es un trono de gracia para aquellos que necesitan ser perdonados. Los que torturaron y ejecutaron a sus compañeros creyentes por diferencias en la doctrina durante la Reforma, necesitan ser perdonados.

Los que hacen cosas similares el día de hoy, aunque tal vez de manera más sutil y menos violenta, también necesitan ser perdonados. La verdad es que todos y cada uno de nosotros necesitamos ser perdonados.

La buena noticia es que ya hemos sido perdonados. Ese es el mensaje cristiano. Jesús murió para el perdón de los pecados. No por la posibilidad del perdón de los pecados. Su obra expiatoria es efectiva para toda la humanidad, y esa obra ya está terminada. Lo que Dios nos está pidiendo hacer no es obtener su perdón, sino simplemente aceptar el perdón que ya está dado.

La salvación depende de principio a fin de él, no de nosotros. Como Pablo escribió en Efesios 2:8-9: "Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe, y esto no depende de ustedes, pues es don de Dios, no por obras, para que nadie se gloríe".

A veces me gusta pensar que si yo hubiera vivido en la época de Knox o de Lutero o de Calvino, habría hecho una diferencia. Tal vez podría haber detenido la locura. Quizás podría haber defendido la tolerancia y me habrían escuchado. Por supuesto, es bastante poco probable, ¿verdad? Si yo hubiera tratado de hacer eso, probablemente habría sido uno de los primeros en ser condenado a las llamas de la "purificación". Lo más probable es que me hubiera quedado quieto y sin decir una palabra a fin de evitar a los inquisidores.

O bien, tan horrible de solo pensarlo, tal vez yo también me habría visto atrapado en la horrible fiebre de tratar de limpiar la tierra de los supuestos herejes.

Al final, es sólo el Dios amoroso y misericordioso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, quien hace una diferencia. Él es el gran Juez de todos, que en Jesús ha quitado nuestros pecados y nos declaró justos y perdonados. Pero no lo dejó ahí. También nos hizo uno con Cristo y nos llevó a la unión eterna de amor que Jesús comparte con el Padre como su Hijo amado y envió al Espíritu Santo para estar con nosotros, nos anima y nos transforma en la imagen de Cristo, de modo que podamos, por fin, verdaderamente amarnos unos a otros.

Este es el corazón del evangelio, la buena noticia que Jesús vino a anunciar, y lo que pronto celebraremos juntos en la alegría del Espíritu Santo durante la temporada de Semana Santa.

Gracias por sus oraciones y las generosas contribuciones que hacen posible que podamos seguir difundiendo esta misma liberadora buena noticia a otros que permanecen en la esclavitud del pecado y la oscuridad espiritual.



En el amor de Jesús,

*Joseph Tkach*